

«La gente me coloca en buen lugar, me ven grande. Yo no me siento en ese lugar privilegiado de los que han sido mis maestros pero sí siento que trabajo y quiero que se note que lo hago, que me vean hacerlo. No me siento Parker, estoy en otro lugar y quiero que esté claro y mantenerlo». Son palabras que escuché de Gary Bartz antes de haberle conocido o haber trabajado con él, cuando escribí la crónica de su actuación en el XII Festival de Jazz de Madrid de 1991. Por diversas razones mi crónica llegó demasiado tarde. Me sigo arrepintiéndome de que no llegase a tiempo porque nadie pudo leer lo que sentí en aquel momento con su música. Pero lo que dije hace cuatro años sigue siendo hoy igualmente válido: «... en el centro de todo estaba Gary Bartz cuya música eran series de notas sinceras que se precipitan, saltan y cantan con júbilo, dolor, prolongándose con sabiduría e inocencia... la realidad del ser humano. Bartz es un maestro del jazz en el apogeo de su talento. Escucharle improvisar, asociar libremente tema con tema, acorde con acorde, nota con nota desde las profundidades de su inconsciente, es ser consciente de una realidad superior y quizá aprender algo íntimo sobre uno mismo. Los hombres lloran y combaten en guerras por menos. Gary Bartz lo pone todo en una canción».

El interés de Gary Bartz por la música se despertó a edad muy temprana. Desde jovencísimo pudo escuchar a Charlie Parker, Duke Ellington y Dizzy Gillespie, entre otros. Sus padres regentaban un club de jazz, el North End Lounge, en su ciudad natal, Baltimore, y le regalaron su primer saxo alto cuando tenía 11 años. Siendo un adolescente lideró su propio grupo en el club de sus padres y colaboró con músicos como Art Blakey, Max Roach y George Benson.

Todavía en la adolescencia se marchó a Nueva York para estudiar durante dos años en la prestigiosa Julliard Scholl of Music y complementó su preparación con instrucción adicional recogida en las jam sessions en las que participaba junto a músicos como Freddie Hubbard, Lee Morgan y Pharoah Sanders: «Fui afortunado por llegar a Nueva York en 1958: Bud Powell estaba vivo, Lester Young también, y trabajando. Y estaba la generación anterior a la generación de Charlie Parker: Coleman Hawkins... Estudié junto a Eric Dolphy. Llegué en el momento justo, en el final de la era del bebop. Todavía era buen momento. El bebop fue realmente la culminación... fui afortunado por aprender en aquel período».

De regreso a Baltimore continuó sus estudios e hizo su debut profesional en 1964 con el grupo de Max Roach-Abbey Lincoln. En 1965 trabajó con Art Blakey iniciando junto a él su carrera discográfica en dos memorables discos de los Jazz Messengers, *Hold On, I'm Coming* y *Soul Finger*. Aunque comenzó su carrera en solitario en 1967, continuó actuando y grabando durante los dos años siguientes junto a Roach y McCoy Tyner.

A principios de los setenta Gary entró a formar parte del grupo de Miles Davis. En ese momento la banda incluía a Keith Jarrett, Dave Holland, Jack DeJohnette, Michael Henderson, Mtume y Reggie Lucas. En 1972 el grupo fue nombrado *Band Of The Year* en la encuesta de jazz de la revista *Playboy*, además Gary estuvo nominado entre los primeros *Talent Deserving Of Wider Recognition* de la encuesta de los críticos de *Down Beat*, y recibió el premio al mejor intérprete de saxo alto otorgado por *Melody Maker*. Para Bartz el alto es el más difícil de los saxos: «Es el

más duro porque te lleva años desarrollar su sonido. Lo que consigues con diez años de trabajo en el alto se reduce a meses o semanas con otro de los saxos. No hay muchos saxofonistas de alto y pocos que den toda la magnitud de su sonido porque lo bonito es acercar el sonido del alto al tenor. Es lo que trato de hacer porque el sonido en sí del alto no es el que más me gusta. Me gusta el sonido de Parker, de Jackie McLean, de Johnny Hodges».

Gary considera su etapa de trabajo con Miles como una de las más importantes experiencias de aprendizaje de su carrera: «Reconozco haber estado influenciado por Miles. Por supuesto ya había estudiado su música antes de estar en su grupo. Estaba influenciado antes de unirme a su banda, y también después. Miles siempre ha sido algo aparte para mí, también lo fué Art Blakey. He tenido suerte porque en esta música no te vale pasar por la escuela, la universidad, graduarte... tienes que aprender de otros músicos, no hay escuelas que valgan. Miles me enseñó la importancia de la música. Viendo lo serio e intenso que era él comprendí lo fuerte que era su compromiso con la música; si creía que no podía hacer una cosa bien prefería no hacerla. Esto es lo que más me impresionó, aunque estuviésemos divirtiendonos, ¡y fue divertido!, la música era siempre lo primero. Cualquier cosa que debas hacer para lograr que tu música sea buena, es lo primero que tienes que hacer». Y continúa, «Cualquier otra cosa sería una traición a tu propio arte».

Bartz ha estado muy solicitado como músico de sesión desde finales de la década de los 60: desde entonces ha grabado con músicos como Max Roach, McCoy Tyner, Roy Ayers, Pharoah Sanders, Charles Tolliver, Donald Byrd, The Blackbyrds, Norman Connors, Jackie McLean, Shirley Horn, Roy Hargrove, Peter Leitch, Antonio Hart, Carlos Santana, Justin Robinson y Donald Brown entre otros. A lo largo de los años setenta, ochenta, y ya en la presente década,

Gary Bartz ha actuado como líder o artista invitado en los más importantes clubes y festivales de jazz del mundo; el muchacho no ha parado, ha aprendido mucho más que algo a lo largo del camino y toda esta experiencia como artista, líder, compositor y arreglista, se manifiesta en su última grabación, *The Red And Orange Poems* (Atlantic). Bartz escribió cuatro de los ocho temas, hizo todos los arreglos y dirigió el grupo logrando una de sus mejores grabaciones hasta la fecha.

Esta grabación le ha proporcionado también la oportunidad de hacer éso que codicia todo artista: formar su propia banda, un grupo integrado por Eddie Henderson (trompeta) y Greg Bandy (batería), ambos colaboradores de Bartz desde hace mucho tiempo: los dos aparecen brillantes en *The Red And Orange Poems*. George Colligan, un jovencísimo pianista de 21 años, y el contrabajista James King, ambos de Maryland, estado natal de Gary, completan el grupo que hace su debut en el JVC New York Festival de este año y con los que Bartz grabará por primera vez este verano.

Para concluir me atrevo a decir que Gary Bartz es el mejor intérprete de saxo alto de la escena del jazz de hoy. De acuerdo, puede pensar que estoy condicionado porque si es usted lector habitual de *Cuadernos de Jazz* sabe que, además de colaborar regularmente en la revista, he producido su última grabación, *The Red And Orange Poems*, y también dirijo su carrera artística. Aun con todo ésto, lo mantengo: es el mejor saxo alto de la escena del jazz de hoy día. ■





Enid Farber (Gentileza Atlantic Jazz)